

Sobre el pasado y futuro de la vida cotidiana.

Arqueología y prospectiva de nuestras costumbres.

1. El espejismo de lo normal.

Hay una pregunta que rara vez nos hacemos, pero que debería acompañarnos cada día: ¿qué tienen en común una lobotomía, un corsé, una lata de Coca-Cola con cocaína y un niño de ocho años trabajando doce horas en una mina? La respuesta es que, en su momento, todos fueron considerados normales. No solo aceptables, sino en muchos casos progresistas, deseables o incluso científicos.

La normalidad no es un atributo de las prácticas, sino una convención de la época que las practica. Lo que hoy nos parece salvaje, a nuestros bisabuelos les parecía razonable. Y lo que hoy nos parece razonable, a nuestros nietos les parecerá, probablemente, salvaje.

Este ensayo es un ejercicio de arqueología del presente: mirar hacia atrás para relativizar nuestras certezas y mirar hacia adelante para imaginar cómo seremos juzgados.

No es un ejercicio de superioridad moral. Nuestros antepasados veían el mundo a través de los filtros de su tiempo.

Del mismo modo, nosotros vemos el mundo a través de los nuestros. La ironía de toda época es que se cree la última, la más avanzada y definitiva. Y la historia, como sabemos, se ríe de esa presunción.

Este viaje al pasado y al futuro de nuestras costumbres es una invitación a la humildad. Porque si algo nos enseña la historia es que la normalidad es un espejismo. Y que lo único que podemos hacer es preguntarnos: ¿qué de lo que hoy hacemos será visto con la misma perplejidad con que vemos los corsés, las sangrías y los niños en las minas?

2. La esclavitud y otras normalidades del pasado.

Comencemos con el ejemplo más radical, el que mejor muestra cómo una práctica que hoy nos parece aberrante fue durante siglos no solo aceptada, sino defendida como natural. La esclavitud existió en casi todas las culturas y en casi todas las épocas.

En el siglo XIX, cuando el movimiento abolicionista comenzaba a ganar fuerza, los defensores de la esclavitud no se consideraban a sí mismos inmorales. Al contrario, se consideraban realistas, pragmáticos, defensores de un orden natural que, según ellos, había existido siempre. También en España, donde Cádiz, Barcelona y Santander destacaron como puertos negreros.

Aristóteles, el filósofo que sentó las bases del pensamiento occidental, escribió que hay seres humanos que nacen para ser esclavos y que la esclavitud es beneficiosa tanto para el amo como para el esclavo. No era una opinión marginal, era el sentido común de su tiempo. Y ese sentido común se mantuvo durante más de dos mil años.

No fue hasta el siglo XIX cuando la idea de que la esclavitud era un crimen comenzó a ser aceptada. Pero incluso entonces, hubo que librar una guerra civil en Estados Unidos para abolirla.

Lo inquietante de este ejemplo no es solo que la esclavitud existiera, sino que fuera defendida por personas inteligentes, cultas y religiosas. Thomas Jefferson, autor de la Declaración de Independencia, poseyó esclavos toda su vida. Sabía que era una contradicción, pero no supo o quiso resolverla. La normalidad de su época era más fuerte que sus principios.

Hoy, la esclavitud nos parece salvaje y con razón. Pero la pregunta incómoda que nos deja es: ¿qué prácticas que hoy consideramos normales serán vistas por nuestros nietos como la esclavitud es vista por nosotros? ¿Qué justificaciones que hoy damos por evidentes les parecerán a ellos tan absurdas como las de Jefferson?

3. La cocina del pasado. De la alimentación a la nutrición.

Si la esclavitud es el ejemplo más extremo, la alimentación es el más cotidiano. Y, quizás por eso, el más revelador. Lo que comemos, cómo y con quién lo comemos dice mucho de nuestra época. Pero también dice mucho de nuestra ceguera.

A principios del siglo XIX, en Cádiz, era común cocinar cigüeñas, gaviotas y cormoranes. No eran platos exóticos, eran parte de la dieta habitual. En la misma época, se consumían pescados que hoy han desaparecido de los mercados: bermejuelas, berrugatos, choas, lachas, obleas, romeros, sabias o zorros. Nombres que hoy no nos suenan, pero que entonces eran tan cotidianos como la merluza o el bacalao.

Las recetas de paella de principios del siglo XIX incluían longaniza, anguila y lomo. La paella de hoy, la que consideramos "tradicional", es solo la paella que ha sobrevivido al filtro de nuestras preferencias. La tradición no es lo que siempre se ha hecho, sino lo que se ha decidido conservar.

Y, sin embargo, no hace falta ir tan lejos. En las décadas de los 70 y 80, el cóctel de gambas era un plato de moda en las celebraciones. Hoy ha desaparecido. No porque fuera malo, sino porque dejó de ser moderno. La cocina, como la moda, obedece a ciclos de aceptación y olvido.

La pregunta para el futuro es: ¿qué de nuestra alimentación actual será vista con incredulidad? La carne industrializada, producida en condiciones que muchos desconocen, ¿será vista como un crimen contra los animales y contra el planeta?

Los alimentos ultraprocesados, que llenan los lineales de los supermercados y que están relacionados con el aumento de la obesidad y las enfermedades crónicas, ¿serán considerados como el tabaco de nuestra época?

Es probable que sí. Y dentro de treinta años, cuando miremos atrás, nos preguntaremos cómo pudimos comer esas cosas.

4. El cuerpo como campo de batalla. Salud y medicina.

Si la alimentación es el ámbito más cotidiano, la medicina es el más aterrador. Porque en la medicina, el error no es solo un error, es una herida, una mutilación o una muerte.

Durante siglos, la sangría fue la respuesta estándar para casi cualquier dolencia. Fiebre, dolor de cabeza, neumonía, cualquier cosa podía curarse con una sangría. Y no era una práctica marginal, era la práctica médica por excelencia. Se sangraba a los pacientes porque se creía que el exceso de sangre era la causa de la enfermedad. Hoy nos parece una barbaridad, pero entonces era ciencia. La misma que hoy defiende los tratamientos que nos parecen más avanzados.

La lobotomía es otro ejemplo. Consistía en seccionar las conexiones nerviosas del lóbulo prefrontal y fue aceptado y elogiado en su momento. Su inventor, el Dr. Egas Moniz, recibió el Premio Nobel por su "descubrimiento". Durante décadas, miles de personas fueron lobotomizadas, muchas de ellas mujeres, como una forma de tratar enfermedades mentales. Hoy nos parece un crimen. Entonces era un avance.

Y no olvidemos la higiene. El Dr. Ignaz Semmelweis introdujo el lavado de manos para evitar infecciones en los partos, pero fue ridiculizado y rechazado por sus colegas, muriendo en el exilio. Hoy, lavarse las manos es la práctica más básica de la medicina. Entonces, era una herejía.

La prospectiva en este ámbito es especialmente inquietante. ¿Qué tratamientos que hoy consideramos avanzados serán vistos como salvajes dentro de treinta años? La quimioterapia, que quema el cuerpo para salvar la vida, ¿será vista como una forma de tortura terapéutica? La medicalización de la vida cotidiana, con fármacos para la ansiedad, la depresión, el insomnio y el déficit de atención, ¿será considerada como una forma de control químico sobre poblaciones que no podían afrontar las causas de su malestar?

Es probable que sí. Y cuando nuestros nietos lo vean, se preguntarán cómo pudimos hacer eso.

5. Vicios y libertades. Drogas, sexo y control social.

Hay un ámbito donde la paradoja de la normalidad se vuelve especialmente aguda: el de los vicios y las libertades. Porque en este terreno, el pasado no siempre es más salvaje que el presente. A veces es más libre.

A finales del siglo XIX y principios del XX, la morfina, la heroína y la cocaína eran de venta libre en farmacias. La heroína se anunciaba como un derivado de la morfina que no provocaba adicción. La cocaína se vendía como remedio para el dolor de muelas, incluso para niños. Coca-Cola, la bebida que hoy es el símbolo del capitalismo global, contenía cocaína en sus inicios. No era un secreto, era un ingrediente más. Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis, recomendaba el uso de la cocaína como antidepresivo y como anestésico local.

Hoy, esas sustancias son ilegales. Y las que no lo son, como el alcohol o el tabaco, están sometidas a regulaciones estrictas. Hemos ganado en control, pero ¿hemos ganado en libertad? La paradoja es que, en algunos aspectos, el pasado era más libre que el presente. No porque fuera mejor, sino porque aún no había descubierto el miedo.

El sexo es otro terreno donde la paradoja se manifiesta. En el siglo XIX, en muchos contextos rurales y populares, las relaciones sexuales antes del matrimonio eran más frecuentes de lo que la moral victoriana sugiere. La paradoja es que, en la práctica cotidiana existían espacios de espontaneidad que hoy hemos perdido. El sexo se ha vuelto más visible, pero también más performativo. La regulación y la exposición han sustituido a la intimidad vivida.

La pregunta para el futuro es: ¿cómo verán nuestros nietos nuestra relación con las drogas y el placer? ¿Verán nuestra actual política de drogas como una forma de represión irracional, basada en el miedo y no en la evidencia? ¿Verán nuestra hipocresía respecto al alcohol y el tabaco, que son legales pero mortíferos, como una contradicción insostenible?

Es probable que sí. Y cuando lo vean, se preguntarán cómo pudimos ser tan ciegos.

6. El aula como fábrica. Educación y disciplina.

La educación es el ámbito donde más claramente se ve cómo una práctica que fue normal se convierte en salvaje. Porque la educación es la transmisión de valores y los valores cambian con el tiempo.

Durante el siglo XIX, los castigos físicos eran la base de la disciplina escolar. Se usaban palmetas, reglas y coscorriones para corregir a los estudiantes. La "pena de dolor" era una práctica aceptada y defendida como necesaria para la formación del carácter.

No fue hasta finales del siglo XIX cuando empezaron a surgir corrientes pedagógicas que cuestionaban estos excesos. En Argentina, la ley 1420 de 1884 prohibió a los maestros castigar físicamente a los niños. Pero en muchos países, los castigos corporales en la escuela se mantuvieron hasta bien entrado el siglo XX.

La escuela tradicional del siglo XIX se caracterizaba por la memorización, los encierros y los castigos. Los niños pasaban horas repitiendo lecciones sin comprenderlas, sentados en filas inmutables, sin moverse ni hablar. La disciplina era el valor supremo y el conocimiento era secundario. La escuela era una fábrica de obediencia, no de pensamiento crítico.

Hoy, esas prácticas nos parecen salvajes. Y con razón. Pero la pregunta es: ¿qué de nuestra educación actual será visto como salvaje dentro de treinta años?

La estandarización, que trata a todos los niños como si fueran iguales, ¿será vista como una forma de violencia contra la diversidad humana? La evaluación por notas, que reduce el aprendizaje a un número, ¿será considerada como una forma de simplificación burda? La enseñanza basada en la memorización, que aún perdura en muchas aulas, ¿será vista como una reliquia de una época que no supo adaptarse?

Es probable que sí. Y cuando nuestros nietos lo vean, se preguntarán cómo pudimos educar así.

7. El hogar, ese lugar extraño.

La vivienda es el ámbito donde la normalidad del pasado se vuelve más tangible. Porque la casa es el lugar donde vivimos y la forma de vivir dice mucho de una época.

Desde mediados del siglo XIX, la vivienda de las clases modestas se convirtió en un problema social definido por la insalubridad, la inmoralidad y la carestía. Las grandes urbes industriales arrastraron problemas de habitación y condiciones generales de vida para la población, fruto de un hacinamiento humano extremo. Las casas eran pequeñas, mal ventiladas, sin aislamiento y sin servicios básicos. El carbón era el combustible habitual, y el humo y la suciedad eran parte de la vida cotidiana.

El amianto, un material que hoy sabemos cancerígeno, se utilizaba en la construcción como aislante y protección contra el fuego. Era un material moderno, fruto del progreso, que prometía seguridad. Hoy, es un material prohibido y su retirada es una operación costosa y peligrosa.

La vivienda también era un factor determinante en el estado de salud de la población. Las enfermedades infecciosas se propagaban en los hogares hacinados y la mortalidad infantil era alta.

Hoy, la vivienda sigue siendo un problema, pero de otro tipo. No es la insalubridad, sino el precio. La vivienda se ha convertido en un activo financiero, en una inversión, en un bien de lujo. Y los salarios de la inmensa mayoría no permiten ni comprar ni alquilar una vivienda. Y todo eso nos parece normal o, al menos, lo soportamos.

La pregunta para el futuro es: ¿cómo verán nuestros nietos nuestra relación con la vivienda? ¿Verán la vivienda como inversión como una perversión del sentido del hogar? ¿Verán el tamaño de nuestras casas como un exceso innecesario? ¿Verán el alquiler como una forma de explotación que hoy normalizamos?

Es probable que sí. Y cuando lo vean, se preguntarán cómo pudimos aceptar que un techo fuera un privilegio.

8. El armario de los horrores. Moda y vestimenta.

La moda es el ámbito donde la normalidad se vuelve más visible y, a la vez, más absurda. Porque la moda no tiene razón, solo época.

Hasta principios del siglo XX, los grandes sombreros y los corsés eran prendas habituales para las mujeres. El corsé, que comprimía el torso hasta deformar los órganos, era considerado no solo aceptable, sino deseable.

Las mujeres usaban corsés para tener la silueta de "S" que la moda de entonces exigía. Los médicos advertían de los peligros, pero la moda era más fuerte.

Los sombreros también eran prendas obligadas. Las damas usaban los alfileres de sus sombreros para defenderse de las manos que se propasaban, hasta el punto de que los periódicos clamaban contra el uso de estas "espadas". Los sombreros se volvieron más pequeños para poder practicar deportes y finalmente desaparecieron, abriendo paso a que las mujeres se dejaran crecer el pelo.

Los hombres también han cambiado. En el siglo XIX, era común que usaran tacones y pelucas. No era una moda extravagante, era lo normal. Hoy, esos atuendos nos parecen ridículos. Y sin embargo, la moda actual también tiene sus absurdos. La moda rápida, el *fast fashion*, produce ropa barata que se tira después de usarla pocas veces. Es un modelo basado en la obsolescencia, en la explotación y en la contaminación.

La pregunta para el futuro es: ¿cómo verán nuestros nietos nuestra relación con la ropa? ¿Verán el *fast fashion* como un crimen contra el planeta y contra los trabajadores que la producen? ¿Verán la obsesión por las marcas como una forma de alienación? ¿Verán la moda como un ciclo sin sentido que hoy hemos naturalizado?

Es probable que sí. Y cuando lo vean, se preguntarán cómo pudimos vestir así.

9. El ocio de la distracción.

El ocio es el ámbito donde la normalidad del presente se vuelve más evidente. Porque el ocio es lo que hacemos cuando no trabajamos y lo que hacemos dice mucho de lo que somos.

Hasta mediados del siglo XX, el tabaquismo era una práctica socialmente aceptada. Los médicos fumaban en sus consultas, las estrellas de cine fumaban en las películas y los anuncios recomendaban fumar para combatir el asma. La publicidad de Camel, con el eslogan "Más médicos fuman Camel que cualquier otra marca", duró ocho años. Los anuncios de tabaco y alcohol eran comunes en la televisión y se recomendaba beber coñac antes de conducir.

Hoy esas prácticas nos parecen absurdas. Y con razón. Pero la pregunta es: ¿qué de nuestro ocio actual será visto con la misma incredulidad? El uso compulsivo del móvil, que nos mantiene pegados a una pantalla durante horas, ¿será visto como una forma de adicción que hoy normalizamos? El consumo de series y vídeos cortos, que fragmenta nuestra atención y reduce nuestra capacidad de concentración, ¿será visto como una forma de alienación? El ocio pasivo, que nos convierte en espectadores de nuestra propia vida, ¿será visto como una forma de evasión que hoy no somos capaces de reconocer?

La televisión, que en los años 50 y 60 fue acusada de crear "idiotas", parece hoy un juguete comparado con los dispositivos que nos acompañan a todas horas. Uno de cada cinco adolescentes presenta signos de uso problemático de Internet, el móvil o las redes sociales. Esa es nuestra normalidad.

La pregunta para el futuro es: ¿cómo verán nuestros nietos nuestra relación con el ocio digital? ¿Verán el móvil como el cigarrillo del siglo XXI? ¿Verán el consumo compulsivo de redes sociales como una epidemia que hoy no sabemos tratar?

Es probable que sí. Y cuando lo vean, se preguntarán cómo pudimos vivir así.

10. La arqueología del presente.

Hemos recorrido el círculo: la esclavitud, la alimentación, la medicina, las drogas, la educación, la vivienda, la moda y el ocio. En cada ámbito hemos visto cómo lo que fue normal se ha convertido en salvaje y hemos imaginado cómo lo que hoy es normal se convertirá en salvaje para las generaciones futuras.

La lección de este viaje es doble. Por un lado, la humildad. Nuestra época no es la última, no es la definitiva, no es la más avanzada. Es solo una época más, con sus certezas y sus cegueras. Lo que hoy nos parece ciencia, mañana será superstición. Lo que hoy nos parece progreso, mañana será retroceso. Lo que hoy nos parece libertad, mañana será alienación.

Por otro lado, la responsabilidad. Si sabemos que nuestras prácticas serán juzgadas, podemos empezar a juzgarlas nosotros mismos. Podemos preguntarnos qué de lo que hoy hacemos es realmente necesario y qué es solo costumbre. Podemos preguntarnos qué de lo que hoy hacemos es realmente justo y qué es solo comodidad. Podemos preguntarnos qué de lo que hoy hacemos es realmente humano y qué es solo inercia.

La arqueología del presente no es un ejercicio de nostalgia ni de profecía. Es un ejercicio de conciencia. Porque solo mirando con los ojos del pasado podemos ver los límites del presente. Y solo mirando con los ojos del futuro podemos ver las posibilidades del cambio.

La historia no termina. Se sigue escribiendo. Y nosotros, ahora, estamos escribiendo el capítulo que las generaciones futuras leerán con la misma perplejidad con la que nosotros leemos los capítulos de la esclavitud, los corsés o las sangrías.